



proyecto, progreso, arquitectura
ISSN: 2171-6897
revistappa.direccion@gmail.com
Universidad de Sevilla
España

Armesto Aira, Antonio
ENTRE DOS INTEMPERIES. APUNTES SOBRE LAS RELACIONES ENTRE EL FORO
Y EL MERCADO
proyecto, progreso, arquitectura, núm. 2, mayo, 2010, pp. 15-24
Universidad de Sevilla
Sevilla, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=517651586002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

ENTRE DOS INTEMPIERIES. APUNTES SOBRE LAS RELACIONES ENTRE EL FORO Y EL MERCADO

BETWEEN TWO ADVERSITIES: NOTES ON THE RELATIONSHIP BETWEEN FORUM AND MARKET

Antonio Armesto Aira

Hace ya algunos años que Edgar Morin advertía que frente al paradigma dialéctico en el que los antagonismos resuelven sus diferencias mediante su incorporación a una unidad superior, convenía reivindicar el análisis dialógico en el que los elementos contradictorios de lo real coexisten antagónicamente unos con otros y encuentran en la persistencia de la contradicción su razón de ser, la plenitud de su sentido.¹

Sobre la Naturaleza, ese relieve otorgado, el ser humano, se dice, ha ido roturando otro relieve al que llamamos cultura, palabra que deriva de cultivo, como es sabido. Empezar a cultivar significó establecer una relación de simpatía con la formalidad de la naturaleza: con sus ritmos, sus tendencias, sus leyes aún incomprendibles. Pero no fue una conquista, una dominación por alguien, ya que ese alguien no pudo aparecer hasta que él mismo no empezó a resonar con los ritmos de la naturaleza, es decir, con sus propios ritmos. Esa epifanía se asentó, pues, en una primera identidad o tautología que se desdobra en dualidad, en contradicción. Y sobre esta contradicción –su aparente separación de la naturaleza– se instauró la autonomía del cultivador, y éste inauguró su naturaleza, su modo de ser.

HOMEOSTASIS Y ORIENTACIÓN

Entre la pura supervivencia (cuando el homínido, con enorme fatiga cotidiana busca defenderse de la *intemperie física* para conservar su vida y su salud procurando entrar en homeostasis² con el medio), y la vida plena (cuando este ser consigue conjurar la *intemperie moral*, es decir, la desorientación espacio temporal) hay una distancia difícil de explorar. Pero esa distancia parece ceñir el sitio donde se inaugura la *conciencia*, si por este concepto entendemos aquello que constituye el *éthos* de lo humano y su asiento, cuyo atributo principal es el de poseer una sustancia puramente formal. Ese sitio, está claro, no se halla

en el interior del Paraíso Terrenal sino en sus afueras, en su periferia, a la intemperie o, con más precisión, entre dos intemperies.

De la intemperie física –debida al clima, a la necesidad perentoria de alimentos, al reflejo animal de conservar la vida– ese ser que empieza a adquirir la condición humana se redime mediante algunos utensilios: el vestido, las armas, los recipientes (la bolsa, la vasija, el cesto), el arado que abre la tierra, el granero, el fuego, la morada. La corteza terrestre, el relieve tectónico de la naturaleza otorgada, recibe ese otro relieve, esa otra tectónica, y lo soporta³. Habría, pues, una naturaleza anterior al ser humano en la que el homínido está presente. Pero no pudo haber un humano anterior a sus utensilios. Sólo una concepción creacionista puede suponer que el humano nace ya como tal y empieza a sentir “necesidades” y a satisfacerlas fabricando ingeniosos artefactos. No pudo darse esa relación sucesiva o correlativa porque el humano no aparece de súbito “completo”, lleno de aptitudes, sino que se construye a sí mismo trabajosamente. Se trataría, más bien, de una relación de simultaneidad por la cual aquella sustancia formal de la conciencia aparece a la vez que los utensilios y con ellos, como puede percibirse, por ejemplo, en la homología que existe entre el lenguaje y el tejido, entre lo textual y lo textil.

Son los utensilios y su formalidad los que hacen comprensible y describable la necesidad como algo humano y los que nos permiten hablar no sólo de una naturaleza sino de un *paisaje* (en la etimología latina de esta palabra

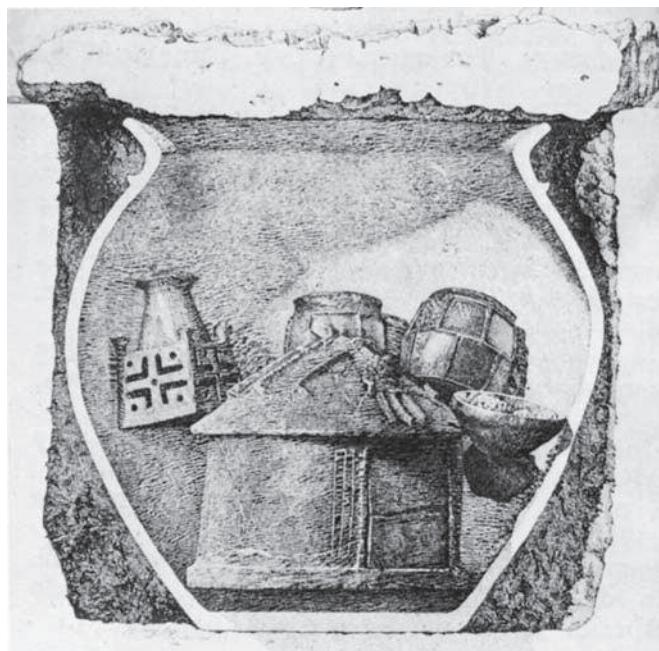
1. José Vidal-Beneyto, en *El País*, sábado 7 enero 2006, p.6.

2. Conjunto de fenómenos de autorregulación que conducen al mantenimiento de la constancia en la composición y propiedades de un organismo dentro de los límites necesarios para su supervivencia.

3. Ottfried Müller en su obra *Handbuch der Archäologie der Kunst*, de 1830, asocia el concepto de tectónica a la forma en que se confeccionan diversos utensilios, como los recipientes y las viviendas, y al carácter formal de operaciones como el ensamblaje o la unión.



1



2

1. El cabaceiro o canastro, un gran cesto levantado del suelo y protegido de la lluvia, forma primitiva y objetiva del granero, constituye para nosotros la genuina cabaña primitiva. San Juan de Camba (Lugo, Galicia).

2. Sepolcroto del Foro, Roma. Sección de la tumba GG. Una vasija contiene en su interior otros recipientes, entre ellos una urna cineraria en forma de casa.

se encuentra *pagus* –aldea– y *pagensis* –el que vive en el campo– y de ahí *país*, etc.). El paisaje, al principio es, pues, esa naturaleza en la periferia del Jardín del Edén, modificada en su relieve por los utensilios y por las operaciones que con ellos se efectúan y –según la acepción que deseamos deslindar aquí– esa noción no distingue aún entre rural y urbano, no denota una valoración de orden estético y no es un jardín. En este encuadre la propia naturaleza otorgada, la naturaleza anterior, será comprendida en su formalidad por el habitante, no como espacio amorfo, homogéneo, sino hecho de sitios, y a constituirse en parte de ese paisaje⁴.

Pensar en la anterioridad de lo humano supondría partir de la impensable escisión originaria de un ser agente respecto a la naturaleza y entender la civilización como un mero producto de la dialéctica *necesidad/satisfacción de la necesidad*, donde el resultado de la síntesis superadora de la contradicción sería una nueva necesidad de un orden superior, una necesidad cada vez más refinada. Quizá una secuela de esta creencia haya sido la formación de la ideología depredadora del progreso infinito que, extendida como una superstición ha producido la mala conciencia que se percibe en expresiones como “conservación de la naturaleza” o “restauración del paisaje”. Consignas paradójicas ya que esta actitud naturalista ha desembocado en lo que desde mediados del siglo XX se conoce como *transhumanismo*, una suerte de filosofía que prefigura la expansión biotécnica de las capacidades que nos convertirá en posthumanos, criaturas renovadas, resultado de una síntesis⁵.

Por el contrario, aquella superposición *sin mezcla*, aquella “con–posición” fundadora –por la cual la naturaleza recibe sobre sí a los utensilios, produciendo una nueva tectónica, un relieve nuevo y compuesto, levemente distinto a la naturaleza otorgada y en el cual reconocemos nuestra humanidad– se caracteriza por estar exenta de mistificación. Y este carácter primordial de la humanidad es, según creemos, el que debería convertirse también en su destino.

LA UTILIDAD UNIVERSAL DE LA ARQUITECTURA: CONJURAR LA DISCONTINUIDAD DEL TIEMPO Y LA CONTINUIDAD DEL ESPACIO

Una familia de utensilios sirve para conservar la vida en el tiempo: son los recipientes, en los que las nociones contradictorias de cóncavo y convexo coexisten antagónicamente produciendo su sentido, es decir, su utilidad. El recipiente sirve para recolectar y almacenar, para conservar, acarrear, cocinar, para guarecerse en su interior... Suministra respuesta a infinidad de necesidades pero su utilidad es anterior y autónoma respecto a ellas de tal modo que éstas sólo se definen y encuentran su nombre verdadero una vez que el utensilio despliega y realiza su utilidad.

Un recipiente (cesto, vasija, arca) dotado de una cubrición y colocado establemente sobre una base que lo eleva del suelo, constituye el granero primitivo y es el modelo ejemplar para la arquitectura, fundando el orden tripartito (figura 1). La forma objetiva del granero preserva de la pudrición, conserva la vida en el tiempo uniendo una cosecha con la sucesiva y la semilla contiene el principio de la resurrección. La tumba es análoga al granero pues conserva la vida en el tiempo a través de la memoria que engarza los restos de los antepasados como eslabones de la estirpe. Estos utensilios del tipo recipiente cumplen, pues, una función homeostática –el granero lo hace de modo literal y la tumba simbólicamente– ya que consiguen exorcizar el efecto destructor del tiempo (en su doble acepción meteorológica y cronológica); ese tiempo

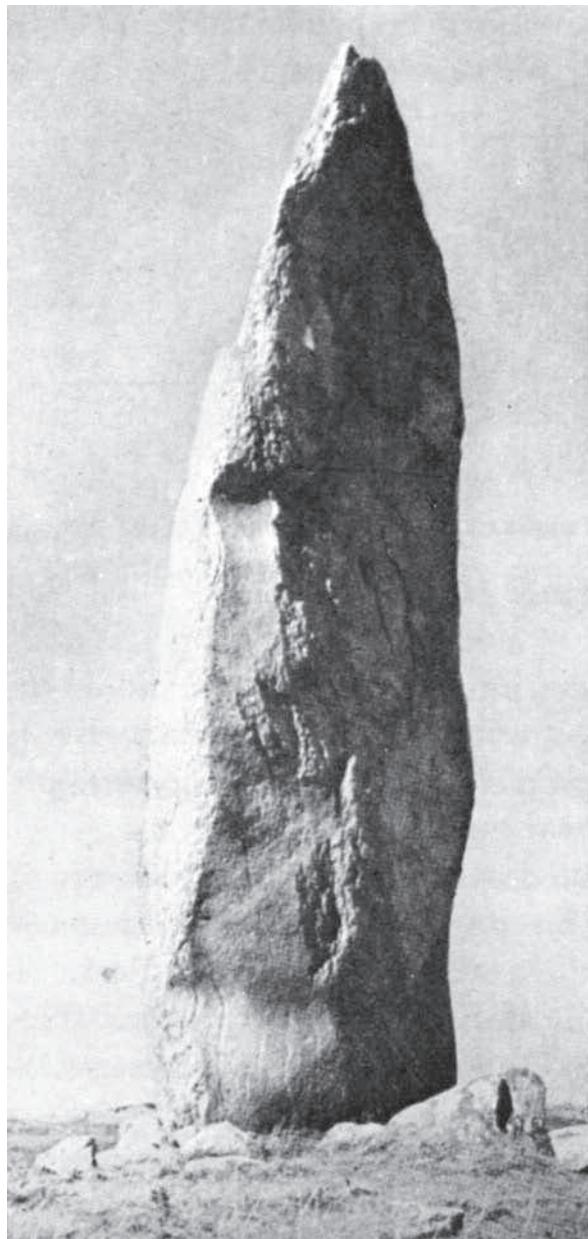
que devasta la vida biológica, se convierte, gracias a la utilidad del granero y de la tumba, en continuo en sentido cíclico, en eterno (figura 2). Pero, además, la fijeza de estos utensilios en el espacio homogéneo y continuo de la naturaleza introduce en ella una discontinuidad reconocible para aquellos que los han confeccionado y dispuesto en aquel sitio, y también para los demás, *para los otros*.

En resumen, estos utensilios contradicen a la naturaleza otorgada al conjurar dos de sus caracteres destructivos: la discontinuidad del tiempo biológico y la continuidad u homogeneidad desorientadora del espacio, inaugurando así el concepto de *lugar*, que contiene aquellos caracteres, pero invertidos. En efecto, la noción de lugar se compone de un sitio elegido, *discontinuo*, delimitado y de un tiempo *continuo* que lo atraviesa, un tiempo hecho por y para la memoria. Un lugar tendría, pues, la virtud de conservar la vida y de orientarla, de aliviarnos de la precariedad física y de la desorientación, de resguardarnos de las dos intemperies.

Pero incluso aunque nada se conserve en su interior, pues ni siquiera lo posee, el *menhir*, con su radical convexidad produce su *entorno* y lo define, por oposición, como una concavidad alrededor que rompe la previa condición amorfa del espacio: la piedra espetada, hincada en el suelo no es un recipiente, no guarda, no almacena, no permite guarecerse (figura 3). ¿Por qué, entonces, un grupo de seres ateridos y famélicos hace el descomunal esfuerzo de arrastrarla y cambiarla de posición para erigirla en un sitio elegido, es decir, por qué ese grupo

4. Mircea Eliade, en su libro *Lo sagrado y lo profano*, explica que las roturas y pliegues naturales, las discontinuidades del espacio, son el asiento de las *hierofanías*, de la manifestación de lo sagrado, y que para el hombre de las sociedades arcaicas no sólo el espacio sagrado se opone al profano y se distingue de él sino que es el único que tiene una existencia real, constituye la *realidad* por excelencia. Esto último es del máximo interés: puesto que la ruptura operada en el espacio natural define un punto fijo, un centro, un eje, unas direcciones, esta discontinuidad se erige en el fundamento de toda orientación, en la base de un sistema relacional de índole estrictamente formal. Interesa aquí ese papel que juega la discontinuidad espacial en la construcción de la noción de lo *real*, de lo humano, y no tanto que ese hecho se pueda asociar a lo *numinoso* y al fenómeno religioso. No hubo que esperar al cultivador para percibir o introducir esas roturas pues ya el cazador recolector desarrolló la perspicacia necesaria para ver el espacio natural como discontinuo.

5. El posthumano sería una perfección o ampliación del humano y se formaría de modo similar a como hemos conjecturado que éste lo hizo: por integración en sí mismo de sus propios descubrimientos, que ahora habrá que llamar científico técnicos. Pero hay unas diferencias sustantivas: este posthumano ya no se construye con la dimensión abstracta de la formalidad de los útiles sino que se propugna como un ser mixto, hiper-ortopédico y la naturaleza resultante como un híbrido inextricable.



3

realiza con enorme trabajo una mera operación formal? Porque esa *disposición* convierte la piedra en un utensilio que formaliza el espacio y el tiempo: instaura un centro y una periferia; es un reloj y un calendario; les libra, a todos, de la intemperie moral, de la desorientación, sin que sea necesario hablar aquí de religión, de trascendencia o de magia pues se trata de un hecho inmanente, laico, genuinamente humano. Una asociación inmediata convoca, como epítome de lo dicho, a la gigantesca columna hueca de Loos para el *Chicago Tribune*, que reúne los arquetipos del silo, del orden tripartito y del *menhir*, formas propias de la arquitectura.

Estos utensilios contienen, por tanto, el radical etimológico de lo monumental que, como vemos, aparece vinculado al auténtico significado de *utilidad* y aún no al

3. Menhir en la Bretaña francesa. En este área se encuentra, caído y fragmentado, el gran menhir de Locmariaquer que alcanzaba más de 22 metros de altura y sobrepassaba las 300 toneladas.

concepto de representación. Aquí postulamos que la utilidad genuina de la arquitectura consiste, precisamente, en construir lugares, en construir el mundo como *un lugar hecho de lugares*. Pero este proceso, que es dinámico –histórico–, contrasta con el carácter principal de la arquitectura, que es el de ser *conservadora*. Y en este antagonismo entre dinamismo y conservación encuentra la arquitectura la plenitud de su sentido.

EL FORO Y EL MERCADO

Nos serviremos de este par de términos en un sentido amplio, sin negar algunas de sus acepciones convencionales⁶ para explorar sus caracteres y sus relaciones recíprocas y para comprender a través de ellas los rasgos de una posible tradición positiva en la construcción de aquel *paisaje* en el que nos hallamos incluidos. Al menos desde una perspectiva occidental, podríamos afirmar que estas nociones están presentes en la construcción de ese paisaje que hemos llamado humanidad, aunque habitualmente se asocian casi de modo exclusivo con el fenómeno urbano, en particular con la ciudad que hereda la tradición grecolatina. Podemos decir que la idea de esa dualidad, de esa oposición complementaria, se ha mantenido a través del tiempo.

Resulta útil establecer una correspondencia entre las nociones de mercado y foro y las de homeostasis y orientación: la conservación homeostática de la vida correspondería al mercado, mientras que la idea compleja de orientación reclamaría la existencia del foro. Pero esta asociación exige ensayar una caracterización somera de cada noción y una aproximación a las modalidades de relación entre ellas.

La producción, almacenaje y trasiego de los bienes necesarios para la vida, los sistemas de creación del valor y su gestión y difusión, han hecho que el mercado juegue un papel específico en la construcción de aquel paisaje. El mercado se caracteriza por su implicación con el mundo natural y con su explotación y transformación científico-técnica. Se identifica con la idea de acumulación, de cantidad y de ocupación, con las cosas corpóreas y dotadas de figura; con el gregarismo, con el intercambio, con la idea de movimiento, pero sobre todo con la obsolescencia y con lo residual.

El papel complementario del foro se fundamenta en su consistencia espacial. El espacio del que hablamos está formalizado, se estructura en torno al concepto de relación, posee formalidad y excluye la dimensión figurativa. No se basa en los objetos sino en las distancias relativas, en los intervalos. Contiene, pues, notas opuestas a las del mercado: el foro es cualitativo y se instaura como un vacío activo, estructural, obtenido por desocupación del espacio, en el sentido que Jorge Oteiza quería explorar en su propia obra como artista. El foro no es naturalista pues se destaca de la naturaleza para poder comprenderla de modo analítico, por contemplación y meditación.

Estas notas complementarias del foro y el mercado se corresponden con ciertos rasgos de la formalidad de la vida, de la conducta ritualizada de los sujetos. El mercado se apoya en el valor de cambio y el foro lo hace en el valor de uso. En el mercado la mirada, obstaculizada por los objetos, se concentra en ellos y es seducida por su figura; el enfoque es corto, miope y, casi siempre por debajo de la línea del horizonte, tiende hacia el suelo. En el foro la vista puede extenderse hacia el horizonte y hacia el cielo, su recorrido es largo y su enfoque lejano, y da idea de la posición y de la medida. El mercado tiende a ofuscar, a extraviar, induciendo al estupor; el foro aclara, discrimina, estimula la inteligencia activando la perplejidad analítica. En el primero reina la animación y el bullicio; en el segundo el silencio y la calma a la espera del acontecimiento.

En resumen, el *sistema foral* de una ciudad o de un territorio conjuga la *formalidad* de las instituciones colectivas con la formalidad del espacio y los *componen* con la naturaleza, sin mistificación y, por otro lado, pone en valor la *persistencia* de ciertos elementos a través de la memoria, de modo que consigue la orientación espacio-temporal preservando a los individuos (ciudadanos) de la *intemperie moral*; el sistema foral le permite al habitante percibir analíticamente la superposición de las tectónicas operada en el tiempo y comprender así la correlación o composición entre lo construido y la morfología geográfica precedente. En cambio, el *mercado*, aunque ocasionalmente

se apropiá del ámbito foral y se escenifica en espacios, tiende a confundirse con los intersticios topológicos que dejan entre sí los *objetos–mercancía*, objetos que se definen por su *figura* o silueta epitelial, *sintética*, y que se ofrecen con el objetivo de librar al individuo (productor-consumidor) de la *intemperie física*, ayudando a su regulación *homeostática*, es decir, a su perentoria necesidad biológica de adaptación a los *cambios*.

Así pues, foro y mercado son necesarios y antagónicos y no es posible adoptar una posición maniquea que tome partido por uno de los dos. La ocasión para ejercer un juicio crítico aparece al examinar las modalidades en que ejercen su antagonismo.

LAS RELACIONES ENTRE EL FORO Y EL MERCADO

A poco que se indague se comprueba que el foro y el mercado, en momentos y ejemplos significativos de la historia, se entremezclan, incluso en su aparición, sin que sea fácil discriminarlos. Pero hay otra tendencia que pugna por otorgarles un papel definido y deslindado y esto resulta de gran valor instrumental para la crítica del presente.

En el ágora de Atenas compradores y vendedores venidos de todo el país se mezclan con ciudadanos que se dirigen a los tribunales y con curiosos ávidos de noticias o personas dedicadas al culto o a la instrucción, etc. Pero se sabe que las mujeres libres se guardaban de ir al mercado y que delegaban en un esclavo, el *agorastès*, esa tarea. En el mundo romano, la palabra *forum* se aplicaba, según Cicerón, al espacio descubierto que se dejaba delante de las tumbas; precisamente, en Roma, el valle pantanoso e insalubre entre colinas donde se establecería el *Forum Romanum* empezó siendo una necrópolis y, hacia el 600 a.C., después de ser drenado con la *Cloaca Maxima*, se convirtió en el enclave del mercado y de la vida política y judicial. Incluso los mercados se designaban como *forum boarium* (mercado de los bueyes), *forum suarium* (del ganado porcino), *forum piscarium* (del pescado), *forum olitorium* (de las legumbres), *forum olearium*

6. Por ejemplo, que tanto uno como otro constituyen la esfera de lo público, el ámbito de los intercambios y de los encuentros interpersonales, y se contraponen a la esfera de lo privado y de lo íntimo.



4

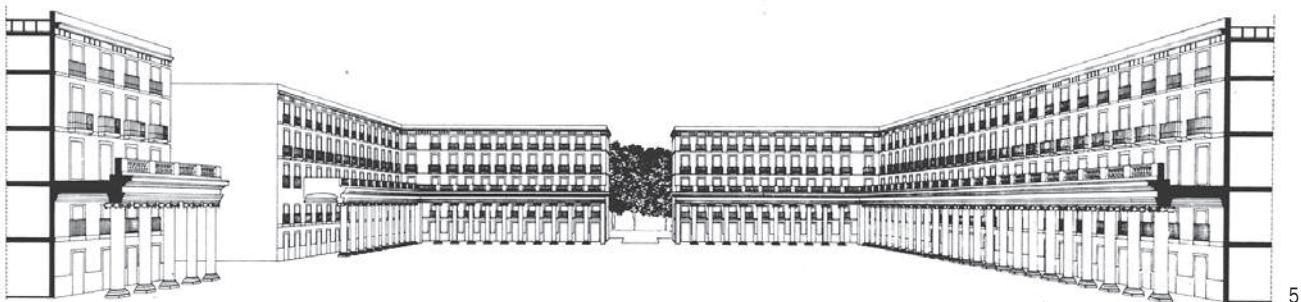


6

4. Foro principal de Pompeya. Este espacio desocupado, con su eje largo orientado al Vesubio, preservaba la relación visual y espacial entre la ciudad y el volcán que fue tan determinante en la vida y en la muerte de los pompeyanos.

5. La Plaza de Sant Josep, al lado de las Ramblas, un foro neoclásico, construido en 1840 por Josep Más i Vila, que quedaría ocupado, en 1914, por el mercado de La Boquería al cubrirse todo el espacio a la altura de las terrazas.

6. El mercado de La Boquería, en Barcelona, cuya cubierta, construida en 1914, eclipsó, ocupándola, la gran plaza neoclásica de Sant Josep.



(del aceite), etc. Y de la palabra *forum* derivarían *foire* y *feria*, que se asocian con la actividad mercantil.

Pero esta proximidad no es una constante y, la confusión, cuando se produce, sólo expresa una propensión oportunista del mercado a usurpar el lugar del foro e incluso a poner en peligro su pervivencia. Aldo Rossi en *La Arquitectura de la Ciudad*, después de relacionar el Foro Romano con el concepto de *locus*, de sitio elegido, destaca cómo alrededor del siglo IV cesa allí la actividad mercantil y el sitio se convierte en una plaza, casi siguiendo lo que Aristóteles propugna en *La Política* por aquella época: *La plaza pública [...] jamás será ensuciada con mercancías y el ingreso a ella estará prohibido a los artesanos [...] lejana y bien separada de ésta se situará la que se destine a mercado [...]*. Y, en una línea parecida, Nietzsche, en el aforismo 280 de *La gaya ciencia*, excluye incluso la actividad religiosa institucionalizada: *Sería necesario comprender algún día –quizá ya cercano– qué es lo que falta en nuestras ciudades: lugares silenciosos, amplios y despejados para meditar, lugares con altos y largos pórticos que nos protejan de la intemperie y del ardiente sol, donde no penetre rumor alguno ni de carruajes ni de gritos y donde, por una sutil urbanidad, se prohíba incluso que el sacerdote rece en voz alta*.

Existe, sin embargo, una tradición donde el foro y el mercado conviven en ejemplos de gran belleza. El propio Foro Civil de Pompeya, una vez sistematizado, se formula como un vacío obtenido al someter al conjunto de edificios y funciones que lo rodean (figura 4). Ese vacío está orientado al Vesubio y al cielo y es una sinédoque de la ciudad en su territorio. Otro ejemplo, los *broletti* italianos, son edificios que se componen de una gran aula, sede del gobierno communal, apoyada sobre una planta baja porticada que admite la actividad mercantil; de ellos derivan los *Palazzi della Ragione*, como el de Padova o de Vicenza, que constituyen hechos urbanos y territoriales. Existen edificios similares en Francia y Alemania. Las aulas sobre un apoyo recuerdan a los graneros: arcas levantadas del suelo.

Muchos espacios alternan su condición de vacío activo en la ciudad o el territorio con su ocasional ocupación

por la actividad mercantil. El sistema foral de espacios es generoso con el mercado y permite que éste lo invada eventualmente. Pero cuando el mercado tiende a quedarse, a instalarse en el sitio de modo permanente, esa ocupación supone la pérdida irreparable de un sistema de relaciones esencial para el equilibrio humano en el paisaje.

El marchamo de espacio público con el que se acompaña tanto al foro como al mercado ha servido para legitimar demagógicamente ciertas operaciones urbanas que, en realidad, implican una fuerte adulteración y un menoscabo de la complejidad y belleza de la ciudad y marcan su destino. Para ilustrar este hecho negativo hemos escogido algunos ejemplos recientes referidos a la ciudad de Barcelona que, no obstante, han sido propuestos como modelo a imitar.

Empezaremos por un precedente ilustre. En 1840, tras el derribo del convento de Sant Josep, junto a las Ramblas, Josep Màs i Vila edifica una elegante plaza porticada –siguiendo el *Regent's Park* de John Nash en Londres (1752–1835)–, para acoger la actividad mercantil que existía en ese entorno desde el siglo XIII. (figura 5) El mercado a cielo abierto convivirá con ese foro durante 74 años, hasta que su cubrición, en 1914, lo haga desaparecer por ocupación. El mercado de *La Boquería* es ahora uno de los principales atractivos turísticos de Barcelona. (figura 6) Un espacio contiguo, la plaza de la Garduña, podría acoger la actividad del mercado y desocupar así el foro neoclásico, pero en este momento se procede ya a su relleno con un conjunto de viviendas.

Los Juegos Olímpicos de 1992 propiciaron una transformación de la ciudad que debía incluir “su apertura al mar”. Junto a la realización de importantes y necesarias infraestructuras, se llevó a cabo la configuración de la fachada marítima, entre la ciudad histórica y la desembocadura del río Besós, operación aún en curso. El éxito de la gestión económica, mercantil, de este proceso contrasta con el empobrecimiento resultante en cuanto a las relaciones espaciales entre la ciudad y su geografía. El sector de Levante, antes separado del mar, su límite natural, por una muralla de escombros y de viejas fábricas, quedó, ahora, higiénicamente separado por una ronda de tráfico

7. Cartel publicitario con el que el Ayuntamiento de Barcelona promocionó el llamado Forum de las Culturas, celebrado en el año 2004. De modo incauto, la gigantesca y lujosa mercancía constituyó un oxímoron revelador de las motivaciones ocultas que animaban a los encargados de regir el destino de la ciudad.

8. Antiguo cementerio de Bogotá, construido entre 1790 y 1830 por el arquitecto español Domingo Esquivel. Desde este lugar se reconoce la geografía que determina la forma de la ciudad: los cerros que dan la directriz norte-sur y limitan la sabana surcada por las quebradas perpendiculares. El Cementerio, sitio elegido, espacio desocupado atravesado por la memoria o eje del tiempo, es el foro por antonomasia.



7

ejecutada en falsa trinchera, es decir, por terraplenado, dejando con ello a todo el sector convertido en una especie de falso *polder*, agazapado tras aquel dique aparente. Esta barrera se completó al permitir que las edificaciones en primera y segunda línea cabalgaran sobre las calles que descienden hacia el mar, obturando su visión y, en el sentido inverso, la contemplación de la cordillera prelitoral y de la montaña del Tibidabo.

En la dirección paralela al mar, una serie de operaciones clausuran la relación entre la línea de ribera y la montaña de Montjuich, elemento fuerte, como el mar, del *locus* originario de la ciudad. Un edificio singular, sede de la Compañía del Gas, culmina esa oclusión y además interfiere la visión del mar que se tenía desde la parte alta del Paseo de San Juan, por encima de los árboles del parque de la Ciudadela. Al otro extremo de esa fachada marítima, en la prolongación de la Avenida Diagonal, se consuma en el 2004 otra operación, el *Forum de las Culturas*, que lejos de propiciar el encuentro de la ciudad con su geografía, establece con el mar una mezquina y mera relación de vecindad. El término *Forum* se convierte en este caso en un sarcasmo,

gráficamente expresado por los gestores públicos en un cartel publicitario del evento, donde éste era ofrecido como un rutilante obsequio empaquetado (figura 7).

La Plaza de las Glorias, un espacio urbano crucial pero irresuelto, al que Cerdà otorgaba el papel de vacío activo, estructural, en el territorio geográfico donde se asienta Barcelona, elevó su cota de nivel cuando se trazó el ferrocarril, también en trinchera terraplenada. Esta cota permitiría ahora contemplar el mar a través de la cuenca vacía de las calles si no fuera porque, como ya hemos dicho, unos edificios en la línea de costa las cabalgan. Para colmo, como primera operación para urbanizar la Plaza se está construyendo un edificio directamente sobre el eje de una de estas calles.

La suerte está echada, el mercado gana la partida y este triunfo se encubre diciendo que Barcelona –*la millor botiga del món*, según un eslogan municipal– sigue, en lo urbanístico, un supuesto plan teórico: el “modelo de la ciudad compacta”. A las siguientes generaciones les quedará la ardua tarea de proceder a su desocupación espacial (figura 8).



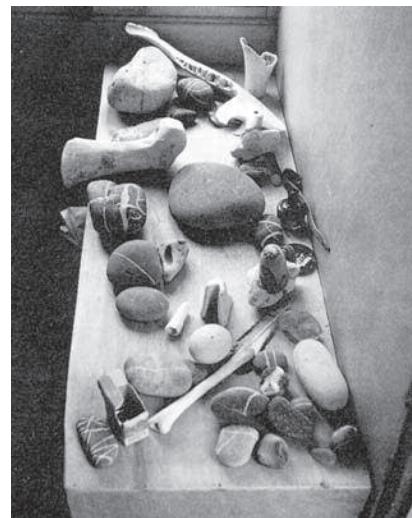
8

Bibliografía

- BANHAM, Reyner: *A Concrete Atlantis*, MIT Press, 1986. V. c.: *La atlántida de hormigón. Edificios industriales de los Estados Unidos y arquitectura moderna europea, 1900–1925*. Nerea, Madrid 1989
- BENEVOLO, Leonardo: *Diseño de la ciudad-2: El arte y la ciudad antigua*, Gustavo Gili, Barcelona 1977.
- ELIADE, Mircea: *Das Heilige und das Profane*, Rowohlt, Hamburg 1970. V. c.: *Lo sagrado y lo profano*, Guadarrama/Punto Omega, Barcelona 1979.
- GIEDION, Sigfried: *El presente eterno: los comienzos de la arquitectura*, Alianza Editorial, Madrid 1981.
- RUDOFSKY, Bernard: *The Prodigious Builders*, Martin Secker & Warburg Ltd, London 1977.
- RYKWERT, Joseph: *La idea de ciudad. Antropología de la forma urbana en el Mundo Antiguo*, Hermann Blume, Madrid 1985.
- TUBEUF, Georg: *Traité d'architecture théorique et pratique*, Fanchon et Artus, Paris 1900.

Antonio Armesto Aira (Quiroga, Lugo, 1947) es arquitecto (1972), doctor arquitecto (1993), profesor de Proyectos en la ETSA de Barcelona (desde 1978) y Titular desde 1998. Director del máster *Arquitectura: Crítica y Proyecto* desde 2002 y miembro del grupo de investigación HABITAR. Redactor de *Quaderns d'arquitectura i urbanisme* y autor o coautor de 26 libros y de numerosos artículos, indaga sobre el *éthos* de la arquitectura y la Teoría del Proyecto.

1. Álvaro Siza, dibujo de la casa de la madre de Le Corbusier.
2. Objetos recogidos por Le Corbusier en la playa de Cap-Martin.



RESUMEN El mapa de un arquitecto es un paisaje alternativo, una representación intencionada del medio que se aleja del documento impuesto y apunta la posibilidad de transformarlo, así comienza el proyecto; el sentido inverso, llevar al territorio los signos del plano, remite a la esencia de la arquitectura y su capacidad de alterar el mundo. Nuestras representaciones describen una realidad y a su vez son otra distinta, entre ambos campos se produce un flujo que los liga y los condiciona. La cartografía está relacionada con la idea de microcosmos, la arquitectura tiene algo de descripción del universo a través de fragmentos concretos. A veces es necesario distanciarse para comprenderlo; otras, la extrapolación a partir de una pequeña conquista permite modificarlo desde límites que apenas se alejan de nuestro cuerpo. Acaso proyectar consista en encontrar la distancia adecuada. La mirada sensible del arquitecto traza asociaciones y planifica encuentros, en el plano de su mesa conviven trabajos en desarrollo de escalas diversas con proyectos ajenos e ideas propias, en esta contigüidad comienzan a surgir relaciones. Para un arquitecto, que al proyectar describe realidades todavía inexistentes, los proyectos y las investigaciones son un lugar para la especulación y la mirada personal. Lectura y escritura constituyen un proceso continuo y creador.

PALABRAS CLAVE Proyecto, investigación, continuidad, representación, territorio.

SUMMARY The map of an architect is an alternative landscape, a deliberate representation of the environment which moves away from the imposed document and points out the possibility to transform it, thus begins the project. The inverse sense, to take the contents of the plan to the land, transmits the essence of architecture and its capacity to alter the world. Our representations describe one reality, whilst being of another, a flow takes place between both fields that ties and determines them. Cartography is related to the microcosm idea, architecture has something of the description of the universe through concrete fragments. Sometimes it is necessary to be distanced from it to understand it. At others, the extrapolation from a small conquest allows it to be modified from limits that are barely apart from our body. Perhaps planning consists of finding the suitable distance. The sensitive view of the architect draws associations and plans meetings, on their drafting table works coexist that develop diverse scales with other people's projects and the architect's own ideas. In this contiguity, relationships begin to emerge. For an architect, who when planning describes still nonexistent realities, the projects and the investigations are a place for speculation and personal viewpoint. Reading and writing constitute a continuous and creative process.

KEY WORDS Project, investigation, continuity, representation, land.